



CANCION DEL GUERRERO TROVADOR, CANTADA EN LOS TEATROS.

Un tiempo fue que en cítara sonora
gloria y amor el Trovador cantó;
brilló en la lid su espada vencedora,
y lauros mil á la beldad rindió.
Hora infeliz, en llanto y desventura
trocó su bien en malhadado amor...
Tú, que cruel, causaste su amargura
ten, ¡ay! piedad del triste Trovador.

(23. mil)

No se oye ya la voz de su dulzura
alzar de amor el himno en el festin,
ni el canto audaz que inspira la brabura
hace latir el pecho al paladin.
Proscrito ya, y en extranjero suelo
llora infeliz su malhadado amor...
Tú, que cruel, causaste su desvelo,
ten, ¡ay! piedad del triste Trovador.

El ronco son de belicosa trompa
llamó tal vez á la sangrienta lid,
y entre el rumor de la guerrera pompa
pronto marchó y alegre el adalid.
Lánzase audaz, y... vana es su esperanza,
no encuentra fin su malhadado amor;
ansía morir, y en la enemiga lanza
no halla piedad tampoco el Trovador.

La imágen fiel de su adorada hermosa
mira brillar en ilusion falaz,
vela despues fugarse presurosa
sin atender al ruego de piedad.
Nunca jamás su desventura impía
podrá calmar con su delicia amor;
tan solo ya bajo la losa fria
puede encontrar piedad el Trovador.

Si hay una flor que cojas, ¡oh enemiga!
para adornar mi fúnebre ataud,
seré feliz el dia que consiga
dejar allí dormido mi laud.
A tí, mi bien, los últimos quejidos
de su laud dedica el Trovador;
y el corazon suspensos sus latidos
quiere á tus pies agonizar de amor.

Yo de tu voz la armónica dulzura
sentí, feliz, mi pecho penetrar,
¡oh! yo te ví, simpática figura,
con tu cendal mis lágrimas secar.
Y ahora, por fin, en mi afliccion me dejas,
¡ah! compasion pedia mi dolor!
ven, ángel, ven, que al exhalar mis quejas
quiero á tus pies agonizar de amor.

Yo Trovador, yo pobre y sin fortuna,
osé mirar las gracias de tu tez...

ay! yo te vi mas bella que la luna,
yo te adoro... perdona mi altivez,
Sin otro bien que su laud inerte;
¿qué es para ti tan misero amador?
piedad por Dios... no debo merecerte,
quiero á tus pies agonizar de amor.

Te vi por fin... acércate, ángel mio,
á tí, mi bien, y solamente á tí,
dirigiré mi cántico sombrío
que dictará mi ácerbo frenesí.
Llegaste ya, señora... tanta suerte!
y... mi rival... no llegues... ¡oh furor!
su acero atroz herido me ha de muerte...
vengo á tus pies á agonizar de amor.

CONTESTACION DE LEONOR A SU QUERIDO AMANTE.

Cese el llanto, amante, de amargura,
cese el gemir, querido Trovador,
tu amante fiel se rinde á tu ternura,
y lauros mil coronarán tu amor.
Compensarán los goces y las glorias
todo el rigor de mi anterior desden,
y envidiarán los siglos é historias
al Trovador y á su querido bien.

Tu dulce voz, tu cítara sonora,
ensalzarán la pompa en el festin,
te brindará la dama encantadora
y aplaudirán todos al paladin.
Ay! Trovador, ven á mis tiernos brazos,
tu amante fiel te los ofrece, ven,
y estrecharan indisolubles lazos
al Trovador y á su querido bien.

Si el ronco son de bélicos clarines
si el tambor llama tu pecho audaz,
lleva mi amor del orbe á los confines,
y entre la lucha halle tu alma paz.
Con tu valor aterra al enemigo,
la patria en tí contemple su sosten;
y así, despues des cansarás conmigo,
tú, Trovador, con tu querido bien.

Tu imagen fiel me ocupará do quiera,
seré feliz al meditar en tí;
ay! ojalá esperanza lisonjera
no sea falaz un día para mí.
Si de amor burlases la esperanza,
ay! yo muriera en tan fatal vaiven;
antes, cruel, hás de clavar tu lanza,
oh, Trovador! en tu querido bien.

Al asomar el sol en el Oriente
oigo sonar tu voz y tu laud,
y al declinar sus rayos á Occidente
vision igual ocupa mi inquietud.
Lejos estés ó junto á tu querida
ay! sin cesar mis ojos ya te ven;
qué podrá haber desde hoy que los divida
al Trovador y á su querido bien?

Si te queda aun recelo tenebroso
que perturbar pudiera el corazon,
oye el jurar de un pecho candoroso,
que al mismo sol compite en duracion.
Antes que ser á tu pasion perjura
cólera atroz castigue mi desden,
y aun conseguir no pueda sepultura,
oh, Trovador! si yo no soy tu bien.

Déjame, pues, y al campo, á la palestra,
corra tu arder, dirjase á la lid,
veas caer al golpe de tu diestra
al mas feroz é intrépido adalid.
Vuelve despues, de lauros coronada
gloriosamente tu radiante sien;
mas tu blason sea tu enamorada,
oh, Trovador! yo, tu querido bien.

No de un rival te aflija la memoria;
de mi lealtad bien puedes confiar,
dechado sé de valor y gloria,
yo de querer y de constante amar.
Junto al Jordan cual él créeme pura,
no mires tu las hijas de Salem;
recuerda, sí, la cándida ternura
oh, Trovador! de tu querido bien.

MADRID.— 1852.

Imprenta de J. M MARES, plazuel de la Cebada, núm. 96.